



El tesoro del indio Julián

ELISEO CARRILLO



N

o recordaba quién era...Su cabeza parecía estallar en pedazos por el esfuerzo que hacía para recuperar la memoria. Era el único sobreviviente del ejército federal en aquella feroz lucha con las fuerzas del General Francisco Villa. El teniente Álvarez observó que se movía y que se trataba de un indio. Después de examinarlo ordenó que lo auxiliaran. No es común que esto suceda, la milicia hace duros a los hombres, pero el oficial no pudo evitar sentir compasión por el moribundo.

Atardecía y, el rojo horizonte parecía reflejar la tragedia, en el terreno yermo yacían cientos de cuerpos sin vida. La tarde caía como lienzo caliente y el suelo calcinado parecía el piso del infierno. Los vencedores recorrían el campo recogiendo el botín de guerra: armas útiles, parque y equipo militar. Además, aseguraban los caballos que sin su dueño caminaban erráticos.

En verdad era deprimente ese espectáculo de muerte.

El herido fue llevado al campamento y después de los primeros auxilios fue atendido por médicos diligentes. Gracias a los cuidados que le brindaron, al cabo de tres días de inconsciencia por la pérdida abundante de sangre, por fin reaccionó.

Se llamaba Julián Temichic, nació en algún lugar de la sierra de Chihuahua, era tarahumara limpiquito (puro). La suerte quiso que la tropa federal se lo llevara, no pudo evitarlo. Llegaron los pelones y ¡vámonos! Un Máuser al hombro pa' matar villistas, su dotación de parque y miedo, mucho miedo. Dejó a sus padres allá en aquellos peñascales, solitos, sin quien les ayudara. Los raramuri viven en cuevas o chozas, beben tesgüino y comen pinole y animales que cazan.

A Julián se lo llevaron de Casas Grandes, andaba buscando trabajo y se lo llevaron los federales. Para mala suerte, el sargento López, hombre cruel que odiaba a los indios era el superior de Julián. El regimiento se dirigía a la ciudad de Chihuahua, en la travesía tuvieron varios encuentros con los rebeldes. Era escalofriante para Julián escuchar el clarín anunciando el ataque, allí nadie podía ser cobarde, había orden de matar a quien huyera y por supuesto Julián no quería morir así.

Los enfrentamientos eran sangrientos, algunos acostumbraban a tomar sotol con pólvora pa' darse valor, decían. Julián, por su parte, sufría al ir por las veredas de la sierra, pues con los rebeldes no se sabía a qué hora atacarían, y la incertidumbre lo llenaba de pánico. Él sólo esperaba que una bala en la frente lo librara de ese miedo que lo mataba.

Cuando llegaron a la ciudad de Chihuahua, la columna de caballería pasó por el centro de la ciudad causando diversas reacciones, ya de admiración, ya de desconfianza. No obstante, había un ambiente festivo y hasta los perros con sus ladridos festejaban el arribo del ejército.

Julián quedó maravillado al contemplar los hermosos edificios de cantera labrados con maestría y al ver la magnífica catedral con sus campanas al vuelo su cora-

zón casi estalla de gozo. Los elegantes carruajes tirados por briosos caballos y la gente tan bien vestida habrían ante sus azorados ojos un mundo increíble.

Estuvieron acuartelados un mes. Era una vida extraña para él, todas las órdenes se daban con el clarín y había que hacer todo a prisa. Recibió algo de adiestramiento militar y le dieron ropa nueva, armas y algo de dinero. Julián vio que después de todo no era tan desagradable esa vida, tenía dos comidas seguras y, los compañeros antes duros con él, lo comenzaron a tratar con menos rudeza.

Por las noches se reunían algunos soldados a pasar el rato platicando o cantando canciones recordando a sus familias y su tierra lejana. El Indio, como decidieron llamarle, fue perdiendo su hermetismo y en cierta ocasión se animó, al calor de los tragos de sotol, a cantar con sus compañeros. Por fin había vencido su timidez y era aceptado plenamente en el grupo. Después de esto todo se fue dando.

Salieron del cuartel un 28 de marzo con rumbo a Saltillo, con órdenes de concentrarse en Torreón temporalmente. De paso por Parral conoció a Petrita, una morena que le robó el corazón; era su primer amor, que le fue plenamente correspondido. Pasó unos días inolvidables gozando de la vida con su amor, pero la dejó; el ejército es muy celoso.

En varios encuentros con los villistas sacó la casta; era bravo y decidido. Al paso de algunos meses quedó en el olvido aquel indio miedoso que antes fue.

En otro enfrentamiento con los villistas en que chocaron la disciplina del ejército contra el odio de las fuerzas del General Francisco Villa, su regimiento fue destrozado y él quedó en el llano, herido, a punto de morir; luego, recordó, fue levantado inconsciente y atendido por médicos gracias al Teniente Álvarez y, así, el Indio recuperó el conocimiento de lo acontecido.

Al día siguiente por la mañana se presentó a visitarlo el Teniente Álvarez.

¡Quiubo, soldado!, ¿cómo se siente?, ¿ya sabe quién es?

Sí, mi teniente, ya estoy bien.

Bien, el General Villa sabe de ti y vendrá a verte hoy. Nos vemos, soldado.

Por la tarde el General Villa fue a visitarlo y con su mejor sonrisa lo saludó.

¡Quiubo, muchachito! Pos qué andas haciendo en estos trotes.

El Indio asustado por cuanto había escuchado del General, tartamudo y con dificultad, apenas pudo articular algunas palabras:

Mi General, yo andaba en Casas Grandes y

los federales me llevaron a la fuerza. Yo no sé ni por qué es la bola.

Mire, amiguito, yo entiendo eso. Sólo que usted es mi enemigo. ¿Qué hago con usted?

Pos usted dirá, mi vida está en sus manos.

Bueno, te doy dos: te quedas con nosotros o te fusilamos ¿qué decides?

Mi General, no por miedo a que me fusile, sino por puro agradecimiento de que me salvara la vida, estoy a sus órdenes.

Muy bien- dijo Villa –No me falle, pelao.

Julián se incorporó a la tropa villista y sus nuevos compañeros lo recibieron con simpatía. El cambiar de bandera se le llama chaquetear, pero el caso de Julián era comprensible para ellos, y en no denotaba traición alguna.

Julián era un excelente tirador y al galope no había quien disparara con mayor precisión.

La gente de Villa era muy audaz, de tal forma que se atrevían a acercarse a caballo a las ametralladoras del enemigo, las lazaban y dejaban como desnudos a los pelones.

Pronto Julián se dio a querer, pues era valiente y arrojado, por lo cual sus compañeros le tenían mucha ley. Villa lo observaba y lo ascendió a Sargento en el ataque a Torreón, pueblo que era importante estratégicamente. Los villistas lucharon con valor sin dar tregua al enemigo, los cuales fueron vencidos y optando por huir rumbo a de San Pedro de las Colonias con la intención de recuperarse.

Villa hizo su entrada triunfal a Torreón y al día siguiente fue tras los federales a San Pedro. El camino a San Pedro iba pegado a la sierrita de San Lorenzo, por la madrugada llegaron al Burro, Hacienda de la familia Pourcell, después conocida como Tacubaya, donde descansaron y tomaron alimento, oscura la mañana salieron a su destino.

La mañana también era fresca y el olor de los huizaches y los carrizales húmedos daban a la tropa una sensación placentera, el ambiente los tornaba optimistas, la vida no era tan fea, sentían...Y dentro de poco se la jugarían como un volado en San Pedro.

Entre este conjunto de valientes se

encontraba Felipe Ángeles, artillero reconocido; hicieron la entrada a San Pedro por el sur, a un lado del panteón del pueblo, allí colocaron la artillería con la que iniciaron el ataque. Cuentan quienes allí estuvieron, que Felipe Ángeles hizo un disparo a la torre del reloj público a una distancia de cinco kilómetros pero el disparo falló; el proyectil pasó de largo impactándose en un edificio de madera situado al noreste del reloj. El edificio aún presenta ese impacto.

La lucha dejó infinidad de heridos y muchos muertos. Después de esta sangrienta disputa los federales salieron huyendo de nuevo, no sin antes haber quemado el mercado; la soldadesca y sus mujeres saquearon comercios y casas del pueblo. Allí los federales dejaron muy malos recuerdos. Villa entró a San Pedro recibido con grandes muestras de cariño.

San Pedro no era de importancia, pero era necesario limpiar la región de las fuerzas enemigas. Por su parte, los federales huyeron a toda prisa a Paredón, donde buscaron apoyo del destacamento asignado a ese lugar.

La tropa villista descansó en San Pedro y el humor del General era excelente. Julián aprovechó esto y se animó a pedirle licencia para ir a visitar a sus padres en Chihuahua, a lo cual el General Villa accedió con gusto.

Está bien, Sargento, ha luchado con valor, vaya a ver a sus papacitos, tiene mi permiso; pero antes vaya con Argumedo y dígame que venga aquí. Usted prepare sus cosas para que salga hoy mismo.

San Pedro lucía un triste aspecto, en las calles a lo lejos se veía una gasa de humo y polvo que no se disipaba y el lento modo de caminar de la gente denotaba su estado de ánimo, sin esperanza. No obstante, se gestaba el advenimiento de una vida mejor.

Más tarde llamó Villa a Julián y le dijo:

Mire, muchachito, llévase estos centavos pa' su casa, pos pa' que sea alguien allá con su gente. Si no vuelve no se lo tomaré a mal. Vaya con Dios, pelao.

Y con un fuerte abrazo, Villa lo despidió. El General mostró allí su faceta tierna; era una persona de pasiones y carácter impredecibles. Era un ser humano.

Julián fue despedido por sus amigos y le aconsejaron tomar ciertas rutas para

ir sin peligro de encontrarse con enemigos, así como senderos en la sierra para acortar el camino. Inició el retorno a su hogar cuando el sol con su resplandor dorado teñía las nubes del color de la sangre. A lomo de su caballo cargado con dos pequeñas alforjas repletas de monedas de oro, regalo del General, y una mula con bastimento y su pecho lleno de alegría desbordante por la esperanza de ver a sus padres, paso a paso se fue alejando hasta que la negrura de la noche siguiente se lo tragó.

La travesía fue larga; caminando con precaución por esos caminos de Dios y, cuidándose de no ser encontrado por asaltantes o tropas enemigas, se fue alejando hasta llegar a la sierra de Durango, y por allí se internó por senderos secretos, y después de un largo tiempo de extenuante marcha por fin, una tarde, a lo lejos vio la serranía tan familiar para él.

Por fin había llegado a casa. Su vestimenta, típica de los Dorados de Villa, despintada por el sol y el sudor, le daba la apariencia de haber salido de la tumba. Llegó al paraje donde sus padres vivían. Buscó a alguien a quien preguntarle por ellos, pero no encontró a nadie. Sólo encontró tumbas plantadas aquí y allá. Supuso que allí había habido una terrible matanza. Con tristeza se alejó; una infinita pena oprimía su corazón. No volvería a ver a sus padres.

Se fue alejando de allí con rumbo a los altos de la sierra; su silueta se fue recortando fantasmal contra los decadentes rayos del sol, que moribundo desaparecía en el horizonte.

Nunca más se supo de Julián. Sólo, como sucede a veces, quedó en una leyenda: La del tesoro villista del indio Julián.